

ZUHEROS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX SEGÚN AURELIANO FERNÁNDEZ GUERRA

ANTONIO ARJONA CASTRO
ACADÉMICO NUMERARIO

Resumen

Se ofrece la descripción que hace de Zuheros y el paisaje de su entorno sobre 1820 cuando Aureliano Fernández Guerra, que después sería miembro de la Real Academia de la Historia viene a Zuheros por primera vez para visitar la propiedades de sus padre José Fernández Guerra ,un importante abogado al servicio del Marquez de Algarinejo y Señor de la villa de Zuheros.

Summary

It offers a description that makes Zuheros and landscape of their environment on 1820 when Aureliano Fernández Guerra, who later became a member of the Royal Academy of History comes to Zuheros for the first time to visit the properties of their father Jose Fernandez Guerra , a prominent lawyer in the service of Algarinejo Marquez and Lord of the town of Zuheros.

Palabras clave: Zuheros en 1820.

Keywords: Zuheros in 1820.

Recientemente se ha publicado un libro que nos ha recordado la figura de Aureliano Fernández Guerra, este prócer del siglo XIX y que tan ligado estuvo a Zuheros.

Me refiero a la obra de Javier Miranda Valdés, un descendiente suyo, editada por la Real Academia de la Historia con el título: "Aureliano Fernández Guerra (1816-1894). Un romántico, escritor y anticuario", Madrid 2005.

De esta obra entresaco algunos párrafos para que el auditorio que hoy me escucha pueda ambientarse en este personaje.

Aureliano Fernández-Guerra y Orbe es una de las figuras más interesantes de la de la vida intelectual y política españolas del siglo XIX y una de los personalidades más destacadas que han ocupado el cargo de Anticuario de la Real Academia de la Historia y de Archivero y Bibliotecario de la Real Academia Española.

Su brillante figura, como tantas de la Historia de España, en especial del siglo XIX, a pesar del interés de su vida y de su obra ha quedado casi relegada al olvido, aunque

sea merecedora de estudio, como la obra que aquí tengo el gusto de presentar. Esta es fruto del entusiasmo de un descendiente suyo, D. Javier Miranda, que con cariño, parsimonia y acierto ha sabido recuperar los datos, casi perdidos, necesarios para valorar esta figura¹.

Cuando Aureliano cuenta cuatro años, comenzando el año 1820 (históricamente nos situamos en el levantamiento de Riego) su padre José Fernández Guerra, que era abogado y catedrático de Historia, Numismática y otras asignaturas en la Universidad de Granada entra al servicio de Cristóbal Rafael Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas, VI Marqués del Algarinejo, undécimo Marqués de Cardeñosa, VIII Marqués de Valenzuela, VII Conde de Luque y XVII Señor de la Real Villa de Zuheros, En Zuheros, su padre había adquirido en el año 1822 del citado Marques una casa palacio, una finca de olivar y un molino, hacienda que heredaron los hijos y que conservaron toda la vida. A este pueblo se dirige José por encargo del conde de Luque, que era señor de Zuheros, para administrar sus fincas. La satisfacción que el conde tenía por el trabajo que realizaba, hizo que se dirigiera a su notario y a sus administradores para que de su hacienda se apartasen unas fincas de olivar en el término de Zuheros, para que de ellas escogiera José las que fueran de su gusto, con el fin de obsequiárselas. José no consiente en el regalo y establecen una compra-venta de ellas a censo.

La casa palacio, que fue durante varios siglos casa solar del Señorío de Zuheros, que posteriormente reforma, y añade otras casas vecinas, la obtiene en el año 1821 del conde de Luque. (Según escritura publica de 26 febrero de 1822). Situada en la calle del Mirador de Zuheros, se convertirá en la residencia de la familia en temporadas de estío y vacaciones, hasta que posteriormente, a principios de 1840 se utilizará ya como residencia permanente de su madre. Esta casa la donaron los herederos para casa cuartel de la Guardia Civil en el año de 1940 y hoy se conserva transformada en hotel, con proyecto del arquitecto y académico José Luis Lope y López de Rego y cual yo bautice como Hotel Zuhayra el honor del nombre árabe de Zuheros.

La finca de olivar que adquiere el 26 de febrero de 1826 del conde de Luque, en el término de Zuheros, tenía setenta y siete fanegas de tierras, con 4.032 olivos y una casería conocida con el nombre de Minerva, que con el tiempo fue ampliando con sucesivas compras. Actualmente convertida en hotel Rural por Luis Carlos Rejón.

En efecto la finca de olivos es un pago que formó parte del Mayorazgo del Señorío de Zuheros y durante siglos de llamó El olivar del Marques. En 1891 adquieren sus herederos la dehesa del Zumacal y mucho antes los pagos de Quebradillas, Torviscal y del Puerto².

Es importante mencionar que todas las tierras que tenían los Fernández-Guerra en Zuheros estaban muy cercanas a las que Juan Valera tenía en Doña Mencía, El Alamillo, lo que facilitaría el encuentro entre estos dos literatos.

Pero nos interesa hoy los datos, que una persona docta como Don Aureliano, aporta sobre la historia de los monumentos de Zuheros. Una primera impresión es la que aporta cuando hace con veinte años un viaje desde Granada en compañía de un amigo suyo, Francisco Enriquez Ferrer, y que publica en el periódico la Alhambra, publicación del Liceo de Granada. El viaje en diligencia lo hace el 29 de Mayo de 1836.

¹ Prólogo de Martín Almagro, Anticuario Perpetuo de la Real Academia de la Historia, de la citada obra.

² A. Arjona Castro, Zuheros. *Estudio geográfico e histórico de un municipio cordobés*. Córdoba, 1973, pág. 169.

1.1 La descripción, con un bello relato literario, de lo que hoy llamamos Subbética

Empieza por Luque,Alcaudete y Albendín y lugares de gran interés arqueológico como el cerro del Minguillar –Iponuba- y la Torre de las Vírgenes ,lugar éste donde él estudiará los restos de los sepulcros de la familia Pompeyo ,trabajo aun inédito y que piensa publicar Javier Miranda Valdés un descendiente suyo.

Su relato es:

”Pasada era ya la media noche cuando nos acercábamos á los paredones del palacio del Salobral. El río lame sus cimientos,-se refiere al Guadajoz- y el ruido de las aguas no encuentra un eco ni en rocas ni en alamedas. Parecía que la soledad y el silencio tenían su trono en aquel recinto-.

Después toma la carretera que por Fuente Aljama y accede a Luque:

Cuando la estrella de la mañana se había alzado sobre las apiñadas sierras de Alcalá-la—real, y empezaba á apuntar el día, - nos internábamos en los olivares de Luque, y distinguíamos á nuestra izquierda los agrios y continuados riscos donde se asienta la villa, célebre en nuestras crónicas. Su castillo, que quiere perderse entre las nubes, dejábase ver envuelto en el mágico velo de la alborada; ocultábase á poco, y volvía de nuevo aparecer, como el atalaya que atisba por entre una y otra almena de la torre para indagar el camino del viajero. ¡Que hermosa era la perspectiva que presentaban aquellos campos, al herir los primeros rayos del sol la cima de los montes! Hablamos dejado á nuestra espalda las sierras «de Alcalá, y el color morado del ambiente las velaba á nuestros ojos; pero el cerro de Aylo y las otras montañas de Alcaudete se aparecían á nuestra derecha, y á lo lejos el peñón de Martos en forma triangular. Hacia el propio lado, en lontananza, su retrataba cu la laguna del Salobral el puro azul del ciclo: en la laguna en que poco antes había reflejado el lucero del día. La Sierra-morena, de caserías blanquísimas tachonada, se extendía desde el oriente hasta llegar casi al occidente, y servía de oscuro fondo á multiplicados y cernidos montes, engalanados con el verdor de las mieses y con la simétrica pompa de innumerables olivos. La torre del Montecillo, ó de Albendín, se dibujaba en el primer término: Baena brillaba en seguida á mas bajo nivel; y las torres de las Vírgenes señoreaban aquella regio», y completaban el cuadro á larga distancia sobre un terreno elevadísimo. ¡Que diversos puntos de vista me habían ofrecido cada uno de aquellos parajes descritos por mí en los años anteriores! ¡Cuántas curiosidades había examinado en ellos, olvidadas y escondidas! Y ahora ¡cuántos recuerdos, cuántas historias vagaban por mi mente y la llenaban de entusiasmo! El cerro del Minguillar, que se nota entre la torre del Montecillo y Baena, me recordaba la inscripción de Iponombia, que allí había descubierto, y que yo solo había logrado leer, adquiriendo una corrección para el texto de Plinio. Aquellas dilatadas campiñas me traían al pensamiento las legiones cesarianas por ellas esparcidas: aquellos peñascos inaccesibles se representaban en mi imaginación cercados por las numerosas huestes de San Fernando y del justiciero Alfonso. Y cuando el aire silbaba, en los cortes de las rocas, creía escuchar una algarada de los moros granadles.

1. 2. Zuheros visto desde la lejanía

Después nos describe la perspectiva de Zuheros en un recodo de la Sierra de Cabra:

“Doblamos, por último, la sierra de Luque; y en el comedio de una escarpada cordillera

podimos distinguir á Zuheros, oculto entre lajas y precipicios: á ZUHEROS, villa de la provincia de Córdoba, que dista nueve leguas de la capital, y que se encuentra situada entre Luque y Doña Mencía casi en la terminación de las tierras de Priego”.

Es muy interesante la descripción de su castillo, el cual le fascina, sobre todo la parte estilo Renacimiento, que él llama romano y de plaza actual con balcón a la campiña, que entonces llaman el Mirador y que como sabemos se construyó en 1750 con sillares del castillo:

“¿Cuál será el aspecto de un castillo caprichoso y fantástico, sobre cien peñascos asentado, cuya alfombra es de cenicientos pedregales entretejidos con yedras y acebuches, y cuya corona son rocas informes que pretenden escalar lo mas alto?”

Después prosigue:

“A su pie se agrupan cuatrocientas casitas sosegado asilo de un pueblo de tres mil almas, laborioso y dócil. Y si los campos no tienen allí la pompa y gala que los de Priego, ni los blandas celajes que los de Cabra, infunden sin embargo un espíritu de veneración, y absorben mochas veces el pensamiento. ¿Es más pintoresca, por ventura, una campiña dilatada cubierta de secas espigas, que un paisaje variado y lleno de poesía? Yo había escuchado, en el invierno, el bramido de las despeñadas aguas del Charco-hondo, y contemplado entre las nieblas la cumbre de esta eminencia de 166 varas; y había visto arrancar de ella, en una noche de estío, el camino del cielo. Desde esta misma cumbre había admirado el espectáculo sublime que ofrece el sol hundiéndose en el ocaso, cuando los fatigados labradores tornaban al seno de sus familias entre el pelotón confuso de infinitas y pintadas reses. Entonces los últimos reflejos que despiden las nubes de púrpura, iluminaban las alzadas piedras, y teñían las crestas de las montañas: las sombras y la oscuridad se dejaban caer poco á poco sobre los valles, y los cantos del alegre pastor se percibían mas distintamente de lo hondo de las cañadas; mientras las esparcidas luces de las chozas y caseríos resaltaban entre los misterios de la noche. ¡Cuántas sensaciones excitaran en mi aquellos objetos admirables de la naturaleza ¡ y cuan dulce melancolía derramaban en mi alma.”

1. 3. Panorama desde el Cerro de los Murciélagos

Nos describe después los recuerdos de su infancia en Zuheros desde el Cerro de los Murciélagos y de la Atalaya donde ya habían colocada una cruz de hierro.

“Yo he pasado las silenciosas horas del día leyendo, unas veces en la cúspide de aquellos picachos á la sombra amiga de una piedra henil a que se recostaba un solitario ramo de jacintos, nacidos entre la frescura de una zarza; y otras junto á la cruz de hierro de la atalaya, en el mismo borde de aquel espantoso ó inmensurable tajo a cuyo pie yace encadenado Zuheros. ¡Qué magnífico era el cuadro que se extendía ante mis ojos! La Rábita, Alcaudete y las sierras del reino de Jaén distinguían se á la diestra, á lo lejos: la torre de Albendín, Bujalance, Baena, Castro el viejo y la Sierra Morena, al frente: Espejo, las ermitas de Córdoba, el monte Horquera, con sus encinas ennegrecido, los viñedos de Montilla, y el descarnado Laderón(asiento de un antiguo pueblo), á la izquierda : al sur la Nava de ZUHEROS y de Cabra ; y la Sierra Nevada entre los oscuros encinares y el azul de la atmósfera, relumbrando como bruñida plata con los rayos del sol .”

Después una nota a pie de página alude al Monte de Simblia de al-Rasis,

deformación de Sima, y que el conocía, lo que demuestra sus amplios conocimientos de Historia:

“Este monte de Zuheros y de Cabra es, -añade - el mismo se que se acuerdan Rasis y el P. Roa. “ La tierra de Cabra (dice aquel) » es muí llana et muí llena de plantas, et ay tantos flores que toda la tierra es cubierta de ellos, et son de buena fruta, et la su agua es muí confortativa, et siempre está en la humedad natural, et los árboles i envejecen hi muí tarde , et las yerbas nunca hi se secan, en manera que siempre hay pasta et hay en tu termino un monte que llaman SIMBLIA , que es alto en par de las nubes, et en aquel monte hay mucha» buenas flores et de muí buenas colores de verduras de las yerbas.” La nava de Cabra “ (dice el P. Roa), » sitio llano en su tierra, terreno fertilísimo de flores y yervos medicinales, hermoso á la vista, provechoso a la salud, y para los ganados de copiosísimo pasto y muí saludable. Calidades que encierra y significa el vocablo nava, siro de origen.”

Es misma descripción que describe su amigo Juan Valera en su obra *Las ilusiones del Doctor Faustino*.

1. 4. Conquista cristiana de Zuheros

¿Cuántas gentes (me preguntaba entonces á mí mismo) han dominado este país, y le han traído la desolación y la muerte? ¿Cuántas generaciones se han sucedido, hasta cambiar la faz de estos campos? ¿Cuántos hombres se han contentado con el dominio de esas aisladas torres? ¿Qué ilustres guerreros han ambicionado esa pequeña villa? Y oía el nombre de ella resonar, en aquel instante, en la lira de Juan de Mesa, cuando cantaba las victorias de San Fernando.

Ganó á Almodóvar y á Moratalla; ganó á ÇUEROS, y mas Albendin.”

Tantos y tales pensamientos rodaron por mi fantasía, hasta que entramos por las puertas de aquella población. Séame lícito, al hablar de sus antigüedades, marchar por un camino distinto del que por lo común se usa en semejantes materias. Quiero seguir la costumbre de aquellos pueblos que cubrían los cadáveres con flores y verdes coronas.”

1. 5. La plaza del Mirador de Zuheros y el Castillo.

“En el extremo occidental de Zuheros: en aquel paraje donde los peñascos que se derrumban desde la cruz de la Atalaya, parece que descansan para tomar vuelo otra vez basta caer sobre las turbias aguas del Bailón, ó sobre las cristalinas corrientes de Marbella: en una placetilla sombreada por el extendido ramaje de un añoso álamo negro, y circundada por el antepecho llamado el Mirador, cuatro humildes casitas, la iglesia y cementerio ; - tiene su colocación el anciano castillo.-Entrase á el por una puerta lindísima embellecida con pilastras dóricas estriadas , y practicada un torreón de piedras inciertas que enlaza y congutina una mezcla singular. Para subirá lo mas alto es preciso vencer una estrecha, pendiente y resbaladiza rampa, de veinte y cuatro varas, que antiguamente se cubría con puentes de madera, á inferir de los arranques de dos arcos de rosca de ladrillo, y de los encajes de las compuertas. Y ¿cómo describir ahora un monumento más caprichoso todavía que la roca, de cincuenta varas de longitud, sobre que fue levantado? A la pintura únicamente se reserva presentar la idea exacta de este encantado palacio, trasunto de aquellos que nos refieren las antiguas leyendas.

Porque ¿en cuántos objetos puede fijarse la acalorada imaginación del viajero, desde la

plataforma de la torre del reloj (de aquella torre construida por los moros en lo mas elevado de la parte oriental, sobre cimientos, y dominando preciosos vestigios romanos), sin que baste á comprender lo que los ojos miran]. Ruinas árabes ó góticas confunden los escombros de otros días mas lejanos, sobre la irregular superficie de un risco: un murallón altísimo, que recuerda los azarosos tiempos de las tutorías, deshace todo el juicio que, siguiendo los viejos sillares, .habíamos formado sobre la verdadera planta del edificio primitivo; y lodo lo que nos circuye conspira a distraernos de nuestras investigaciones. Pero ya que una infantil e infructuosa curiosidad no llega á saciarse, el alma en cambio se apacienta en nobles pensamientos.

El viajero que desde lejos ha observado la inexpugnable posición de la fortaleza de Zuheros, y al ascender por la rampa del torreón - entrada, recuerda que los puentes cuyos rastros distingue indicaban servir en un desesperado aprieto para arrojar por ellos todo género de proyectiles ; y luego descubre, descollando sobre imperiales restos, una torre árabe, - la contempla como un padrón de mofa, que se ríe de las asperezas de los terrenos, de las enchapadas puertas de metal, y de los brazos de los valientes.

Mi compañero³ y yo, recostados en las almenas de esta torre, veíamos que el peñón sobre que se alza el castillo, tiene casi la figura de una nao griega en actitud de caminar hacia el occidente, y cuya proa está adornada con el acrostolio. Hacia esta extremidad es en donde se conservan los muros romanos del palacio; obra toda de sillería, y cuya planta puede conceptuarse un trapecio. En la pared .que mira al -noroeste hay volado un cajón de piedra, sin suelo, y sostenido por modillones; y en las demás alternan las esbeltas ventanas con los huecos de los aparadores, ó con las .nichos para .las estatuas. Esta parte occidental del edificio incluía cinco pisos y aposentos (como se .infiere de los cuatro órdenes de canes que sobresalen á trechos), y la escalera de caracol, incrustada de tablas de blanquísimo mármol, en el ángulo del mediodía. Con la caja circular de esta escalera une el lienzo del sur del palacio, que sin menoscabo se conserva con sus dos elegantísimas ventanas y sus dos nichos correspondientes: y es el único lienzo que existe del gran salón, y que valía en alto por dos de las habitaciones del oeste. Sobre este salón se extendió una espaciosa galería, con vistas al sur y al norte, sostenida por columnas dóricas; y en el testero principal había un graciosísimo retrete con tres ventanas de exquisito trabajo, de las que la del centro retiene á uno y otra lado nichos muy bellos cuyas cúpulas son una concha del mayor mérito. Las habitaciones que en tiempos más remotos hubo desde el torreón- entrada hasta el gran salón, y que debieron ocupar un tramo de veinte y tres varas, no pueden adivinarse; porque los moros primero, y los castellanos después, labraron sobre sus escombros torres y parapetos.

Los rayos del sol caían sobre los amarillentos muros del norte, retratando en ellos las líneas de los lienzos, ó los delicados ángulos de las ventanas; mientras los reflejos de oro reverberaban cu el bruñido mármol de la escalera. Un vientecillo que soplabá del occidente, mecía la feble yerba nacida entre los viejos sillares, ó hacía estremecer al almendro de oscuro tronco que habita entre las grietas de las piedras, y doblar al lirio el erguido cuello, obligándole á esconder su abigarrada flor entre las -tersas hojas. A veces se quejaba el viento hiriéndose con los filos de las rocas, y volaba en seguida á murmurar en el hueco de los aparadores, cual si pretendiese depositar allí misterios y profecías: tendiese después sobre las hazas, y el olaje de las verdes espigas remedaba el movimiento del mar; y, embalsamado, por último, con el aroma de las rústicas llores de los escaramujos, de las gayombas y de los espinos, volvía otra vez á jugar en torno del castillo.

³ D. Francisco Enrique Ferrer.

1. 6. El recinto amurallado de la villa y el reloj de la torre del castillo

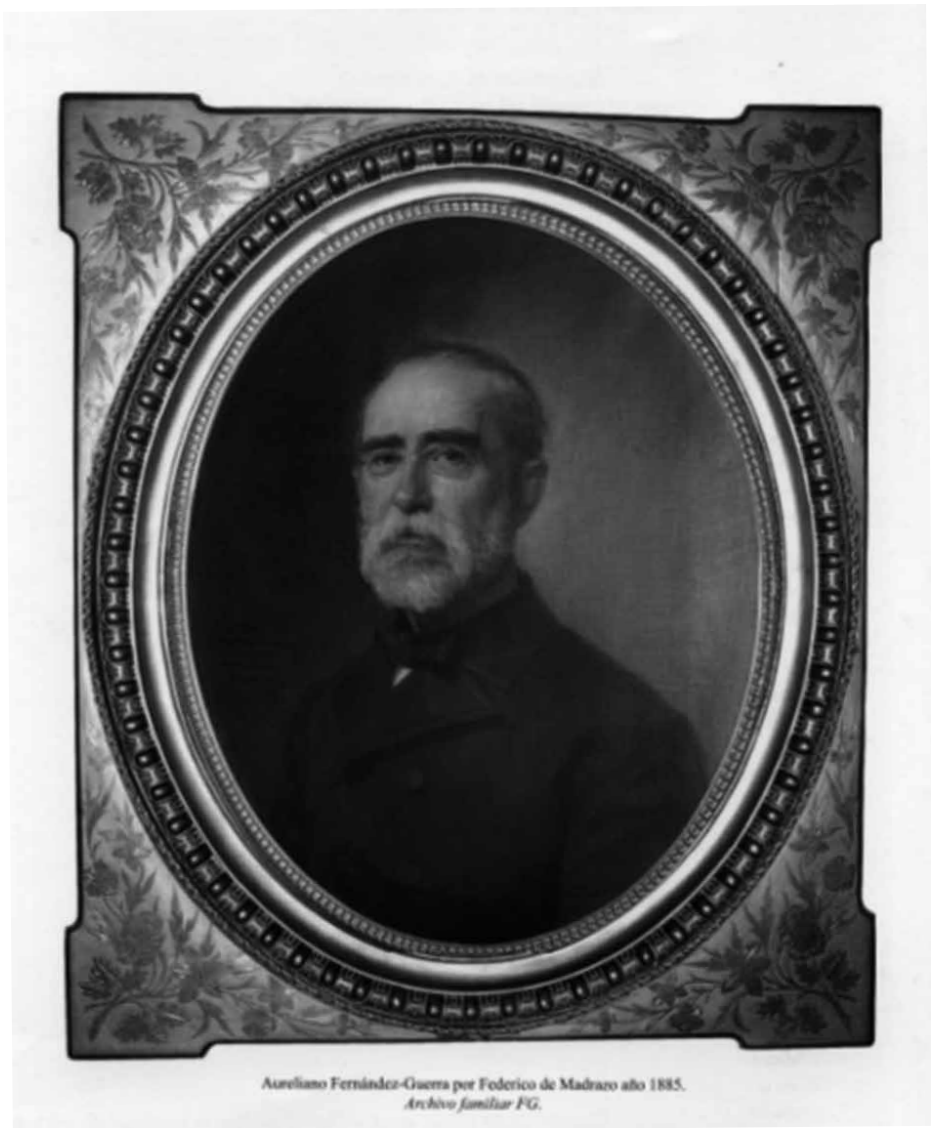
“Cuando divisábamos el azul del cielo, sobre el que se recortaban las crestas de los altísimos picachos: los campos ataviados con la pompa de la primavera: allí en lo hondo serpentear una línea de murallas árabes, interrumpida de vez. En cuando por los peñascos, y (latigueada en algún paraje de con torreones macizos y encuadrados; y la romanesca perspectiva de un pueblecillo colocado sobre guijarros: cuando contemplábamos al pie de un fuerte una iglesia que le demanda protección: cuando descubríamos millares de calaveras y huesos humanos hacinados en su cementerio, y sin embargo entre ellos y entre los antiguos fragmentos brotaban los lirios y las rosas -

Y la naturaleza con sus encantos y hechizos embellecía las descarnadas ruinas,-acabamos entonces de comprender que tienen estas algo de divino.’— El sol mediaba su carrera, y el silencio ruinaba al derredor de nosotros, interrumpido únicamente por el canto pasajero de la cogujada, o por el murmullo lejano de las alamedas, por el reloj de la torre árabe-, cuyas ruedas de hierro, al dispararse, apagaban el monótono golpear de la péndola.

¿Cuál fueron los propósitos (decía yo para mí), del que edificó este mágico palacio en la rinconada de una sierra, en un sitio que tan árido debe ser y triste cuando el helado invierno queme las verduras de los campos? ¿Concibió en un ensueño semejante idea? ¿O á empresa tamaña le determinó algún voto ó decidido intento? ¿Han existido por ventura esos feroces guerreros que tenían castillos en las asperezas de las montañas, para encerrar en ellos á las robadas doncella»? Estos pensamientos me condujeron á fundar una opinión sobre las antigüedades de Zuheros, que tiene todos los visos de probable.



Casería de Minerva construida por José Fernández Guerra, padre de Aureliano , en la segunda década del siglo XIX.





Vista del espolón occidental del castillo palacio renacentista AFG.



Torre del reloj en 1830 AFG.



Torre del reloj 1960



Plaza del Mirador en 1927.



Torre del reloj en 1935.